

MIÉRCOLES VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Marcos 10, 32-45

En aquel tiempo, los discípulos estaban subiendo por el camino hacia Jerusalén y Jesús iba delante de ellos; ellos estaban sorprendidos y los que lo seguían tenían miedo. Él tomó aparte otra vez a los Doce y empezó a decirles lo que le iba a suceder: «Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas; lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, se burlarán de él, le escupirán, lo azotarán y lo matarán; y a los tres días resucitará». Se le acercaron los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: «Maestro, queremos que nos hagas lo que te vamos a pedir». Les preguntó: «¿Qué queréis que haga por vosotros?». Contestaron: «Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda». Jesús replicó: «No sabéis lo que pedís, ¿podéis beber el cáliz que yo he de beber, o bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?». Contestaron: «Podemos». Jesús les dijo: «El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y seréis bautizados con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado». Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan. Jesús, llamándolos, les dijo: «Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos».

Hoy el Señor nos lleva a considerar profundamente el verdadero significado del liderazgo y el servicio en el reino de Dios.

Jesús, consciente de lo que le espera, habla a sus discípulos sobre su inminente sufrimiento, muerte y resurrección. Sin embargo, parece que los discípulos no comprenden del todo la gravedad de sus palabras. Es en este contexto que los hermanos Santiago y Juan se acercan a Jesús con una petición especial: desean sentarse uno a su derecha y otro a su izquierda en su gloria. Santiago y Juan, como muchos de nosotros, buscaban honor y reconocimiento. Sin embargo, su petición revela una comprensión errónea de lo que significa ser parte del reino de Dios.

Jesús, en su respuesta, no los reprende directamente por su ambición, pero les hace ver que no saben lo que están pidiendo. Jesús pregunta si están dispuestos a seguirle hasta la muerte. Ellos, sin entender completamente, responden que sí. Jesús les asegura que, de hecho, compartirán su sufrimiento, pero les deja claro que no es algo que le corresponda a Él conceder.

Cuando los otros diez discípulos se enteran de la petición de Santiago y Juan, se indignan. Jesús aprovecha este momento para enseñarles a todos una lección fundamental sobre el liderazgo y el servicio en su reino. Jesús redefine la grandeza. En el mundo, los líderes buscan poder, dominación y reconocimiento. En el reino de Dios, la grandeza se mide por el servicio, la compasión y la humildad. Jesús mismo es el ejemplo perfecto de este liderazgo servicial. Aunque Él es el Hijo de Dios, no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida por nosotros.

Nos desafía a reevaluar nuestras propias ambiciones y motivaciones. ¿Busco posiciones de poder y reconocimiento, o estoy dispuesto a servir a los demás con humildad? En nuestras familias, trabajos, y grupos, ¿cómo podemos vivir el servicio sacrificial de Jesús? Dice un salmo: “El Señor es compasivo y misericordioso”. Jesús es compasivo, porque se da cuenta de lo que realmente necesita cada hombre, sintoniza, tiene compasión. Es misericordioso porque sacrifica su propio confort, su prestigio y su vida por el bien del hombre concreto.

Este es el tipo de liderazgo que Jesús nos llama a practicar. Pidamos a la Virgen Santísima ser compasivos y misericordiosos, como también ella lo es.